

Visión romántica del bosque primigenio. *El mundo ilustrado*. Tomo 3, 1880, Barcelona.

# LA AGRICULTURA O DE CÓMO LA TIERRA Y LAS PLANTAS SE ENTALLAN



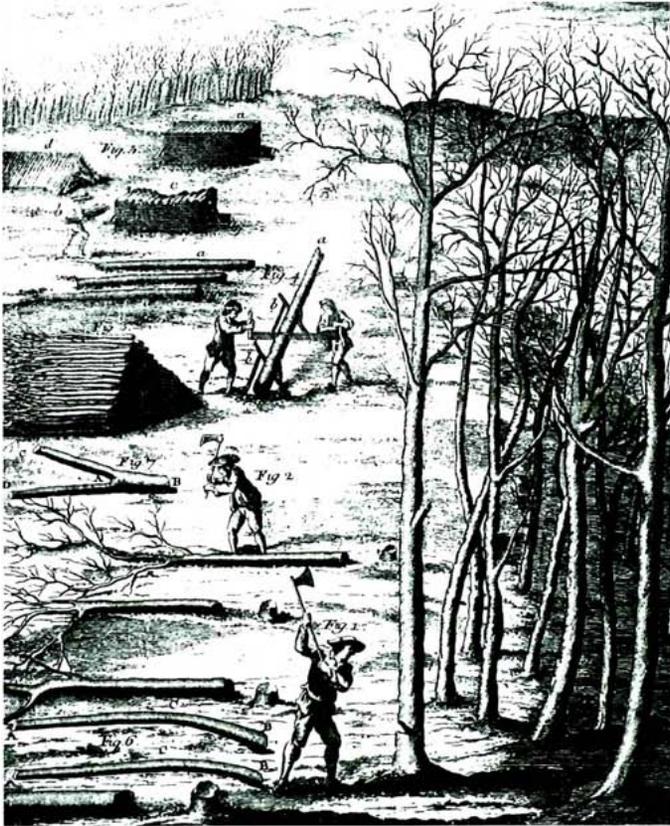
JOAN J. GREGORI BERENGUER  
*Museu de Prehistòria i de les Cultures de València*

**S**i entendemos la aparición de lo que denominamos cultura, en un sentido antropológico, como la asociación de la presencia humana al hallazgo de útiles o instrumentos relacionados, bien podríamos decir que la mayor revolución acontecida en la historia de la tecnología del corte -tanto por la cantidad de materia trabajada, como por la diversidad en técnicas e instrumentos- se dio con la introducción de la agricultura. Haciendo un banal símil etimológico, en la propia palabra agricultura encontramos agregados dos conceptos como son cultura y tierra -de *ager*, *agri*-. En efecto, éstos nos sugieren primariamente la idea de la tierra modelada, tomando cierta forma a partir de la mano del hombre y como contraposición al espacio natural virgen, cuya forma visible y aparente viene dada así: la tierra en estado bruto, tal como como la naturaleza la conformó. De este modo, el hombre, mediante los usos agrícolas, se transformó en un agente de la manipulación y transformación del paisaje con una contundencia y un efecto que nunca antes mientras fue cazador-recolector se había conocido, proceso que solamente se ha visto superado con la revolución industrial y la invención de las máquinas modernas, cuya capacidad sobre la alteración del paisaje todos conocemos.

De cualquier forma y durante siglos, por no decir milenios, la necesidad de cultivar la tierra que ha tenido el hombre, entre otras cosas, y definido aquí en el sentido que nos interesa, que es el del corte, ha dado lugar a un paisaje modelado, recortado, construido y delimitado por la agricultura. Un aspecto muy interesante para poder poner en relación agricultura y corte es precisamente éste, el de cómo la agricultura sirvió básicamente, aparte de para introducir un factor de crecimiento demográfico al mejorar y ampliar las posibilidades alimenticias de las comunidades humanas, para introducir límites o cortes en el espacio. Podemos definir estos cortes a distintos niveles. En primer lugar, por contraposición al espacio dedicado a la ganadería, la actividad

que completa económicamente la revolución neolítica. La construcción de campos de cultivo supuso la creación de límites, a veces simbólicos, a veces directamente físicos, para impedir la entrada de ganados y otros animales en el territorio agrícola. A lo largo de la Historia este hecho, conocido de sobra, incluso llegó a originar conflictos graves entre comunidades o grupos humanos a partir de los intereses económicos de una u otra actividad. Otro de los elementos de corte espacial a destacar fue la aparición de las ciudades relacionada con la misma aparición de la agricultura. Si la utilización de los primeros instrumentos fue sinónimo de cultura, la introducción de la agricultura acabó por asociarse al propio concepto de civilización, en la medida que surgieron las primeras ciudades. La oposición entre campo-ciudad, a lo largo del tiempo, acabó por consolidar uno de los límites simbólicos y culturales más poderosos que ha conocido la Historia. Por último, la construcción de regadíos y conducciones hidráulicas que necesariamente hubo de acompañarla supuso la creación de enormes transformaciones del paisaje, de límites entre lo yermo y lo árido, lo verde y lo fértil, y de otra frontera interna en la propia naturaleza interior del mundo agrícola: la contraposición entre huerta y secano como dos espacios perfectamente identificables, que dio lugar a técnicas e instrumentos bien diferenciados.

Con todo ello tenemos que el primer efecto que tuvo la agricultura es el del corte del espacio; a todos nos resultan familiares ejemplos en los cuales se comprende muy gráficamente este hecho y que quedan en el acervo cultural colectivo de nuestra civilización. Tomemos, por ejemplo, el propio mito fundacional de Roma: en él se describe cómo el recinto sagrado de la ciudad eterna quedó delimitado por el espacio comprendido por el surco que produjo una yunta de bueyes conducidos por Rómulo, arando desde el nacimiento hasta la puesta del sol. La sacralidad de este límite, paradigma de todas las fronteras, viene dada por el hecho de que su violación, su traspaso, le costó la vida a Remo a manos de su propio hermano gemelo Rómulo. Esta idea de vincular el surco del arado a los límites del espacio agrícola resulta recurrente en toda la tradición europea y así tenemos que durante la conquista cristiana del reino musulmán de Valencia en el siglo XIII era un hecho frecuente que el rey Jaime I concediera en ciertos territorios arrebatados a los musulmanes el privilegio a los nuevos colonos de apropiarse del espacio que pudiera labrar una pareja de bueyes durante una jornada entera,



Tala de árboles para el carboneo. En DUHAMEL DE MONCEAU (1773 - 1774). *Tratado del cuidado y aprovechamiento de los montes y bosques*. Tom. I. lám. V. Madrid.

que es lo que viene a significar más o menos el término valenciano de *jovada*.

Pero la práctica agrícola no solamente ha creado cortes o límites en el espacio, sean estos simbólicos o reales. Tan fundamental como éste ha sido el del corte temporal a través de la organización del tiempo en ciclos. La práctica empírica de la agricultura y el propio proceso de las etapas y fases de los cultivos dieron como resultado la división del tiempo mediante lunarios y calendarios. La necesidad de saber en cuál era el momento adecuado para el inicio de la preparación de la tierra, de la siembra o de la cosecha, impulsó al hombre al estudio de los fenómenos astronómicos o naturales con el fin de poder establecer fechas precisas para la realización de los trabajos agrícolas. Naturalmente, el carácter, una vez más, sagrado y litúrgico de estas sociedades, tuvo sus consecuencias también en la organización de las prácticas religiosas. De

este modo, los ciclos agrícolas han estado siempre en la base de complejos sistemas de dividir el tiempo y las actividades económicas, a la vez que han desarrollado ciclos paralelos para organizar los aspectos de las celebraciones festivas y litúrgicas.

Sin embargo y ante todo, la actividad agrícola principal y primaria, es decir, la de cavar o labrar, hace referencia al corte directo de la tierra. O dicho de otro modo, cultivar la tierra significa cortarla, abrirla y hierla en un sentido físico -lo cual ha producido, según el tipo de terreno o de cultivos, una variabilidad enorme de tecnologías instrumentales- o en un sentido simbólico también, que tiene que ver con las concepciones de la vida y la muerte como expresiones del ciclo vital. La roturación de la tierra se ha relacionado, en distintas culturas humanas, a la analogía sexual que tiene que ver con la fertilidad. Una observación empírica del acto de labrar o cavar por parte del

hombre indujo a asimilar este proceso agrícola, junto con el de la siembra, al acto fundamental de todo el mundo natural que es el de la fecundación y/o reproducción. De algún modo, ha sido común entender que el hombre al cultivar la tierra la fecundaba y propiciaba con ello el mantenimiento de la vida. Este hecho no tenía un sentido meramente simbólico en la medida que durante generaciones y entre muchos grupos humanos, la relación entre una mala cosecha y una hambruna era moneda común, puesto que en estas sociedades el alimento procedía fundamentalmente de la explotación agrícola. No nos debe de extrañar pues, que el hecho de “penetrar” la tierra con el arado, de cortarla en suma, diera lugar a una percepción trascendente de la actividad, conformando un enorme caudal de prácticas rituales que la ordenaran.

En el entorno de la sociedad tradicional, y para hablar de cortes y de artefactos que los producen, el primero de todos que se supone en la agricultura es el de la preparación de la tierra. Para ello, cuando la tierra se labra por primera vez se requiere un corte previo que es la eliminación del bosque y de la cubierta vegetal virgen. Cultivar quiere decir cortar madera y hierba antes que nada. Para ello el fuego es el aliado perfecto, aunque parte del elemento vegetal restante haya de ser cortado mediante hachas y sierras. También quiere decir apartar y remover piedras, alisar, anivelar y delimitar, etc. mediante picos y palancas, narrias, trujillos, capazos y entabladoras. Con esto la tierra debe estar preparada para ser roturada. El instrumento tradicional para esta operación es el arado. Aunque también en la literatura etnológica se ha tendido a diferenciar la agricultura de arado y la agricultura de azada, adscribiéndola a un contexto masculino en el primer caso y a otro femenino en el segundo. Sin extendernos diremos que desde antiguo en el mundo mediterráneo y europeo está extendido el uso del arado, aunque la azada, también usada, viene a cumplir la misma función: abrir y orear la tierra. El arado, en su forma más simple o arado romano, no viene a ser más que una azada (en este caso la parte que penetra es la reja o arrejada) más grande y tirada por animales. Con el tiempo se han desarrollado accesorios y complementos para hacer este utensilio más eficaz, así nació durante la Edad Media la vertedera u hoja en forma de pala lateral con la que consiguió arar más profundamente y voltear mayor cantidad de tierra. El tipo de cultivo condiciona también la técnica y el instrumento utilizados, de modo que una vez preparado el terreno de cultivo la diferencia principal consiste en sembrar o plantar. En el primer



Labranza con bueyes y límite del campo. Alto Palancia. 1985. Museu de Prehistòria i de les Cultures de València.

caso y para un cultivo típico como es el de los cereales, se aprovecha el propio surco abierto por el arado. En el segundo, es menester cavar hoyos con distintos tipos de azada para instalar la planta o árbol que se requieren. Una vez realizado esto, la siguiente etapa importante es la del mantenimiento y cuidado del cultivo. En ésta se reconocen dos técnicas principales: la de entrecavar y la de podar. La primera más relacionada

con cultivos de planta, como el cereal y todos los cultivos de huerta, surge como consecuencia de la necesidad de eliminar las plantas competidoras del sembrado. Se trata de separar las malas hierbas de las buenas y a tal fin se utilizan azaditas, legoncillos y escardillos, en general instrumentos de poco porte. Alternativamente y si el sembrado está lo suficientemente separado entre sí, se puede utilizar también el arado dotado de complementos que lo que hacen es cortar superficialmente la tierra, aunque esta técnica también es susceptible de utilizarse en cultivos arbolados. Con estos últimos los procedimientos de mantenimiento y cuidado se centran básicamente en la poda. Los instrumentos por excelencia para realizarlos son el hacha y el podón, de tamaño mediano. Se les atribuye hacer el corte más limpio y menos perjudicial para el árbol. Sin embargo y en tiempos más recientes, se ha introducido el serrucho como alternativa, por razones de comodidad y de facilidad en el manejo. También modernamente se han popularizado las tijeras de podar, de distinto tamaño y con muelles retráctiles, cosa que hace el trabajo más cómodo. En un cultivo tan mediterráneo como el de la viña se genera un podón específico, mitad hachuela, llamado podadera y adaptado al corte de los sarmientos, aunque también aquí las tijeras acabaron por sustituirlo. Una operación relacionada también con el cuidado de los árboles y el corte es la del injerto. Para ello se utilizan, según la técnica, pequeñas hachas o cuchillos y navajas de injertar. El objetivo es levantar determinadas superficies de la corteza de la rama o abrir hendiduras adecuadas en el tronco con el

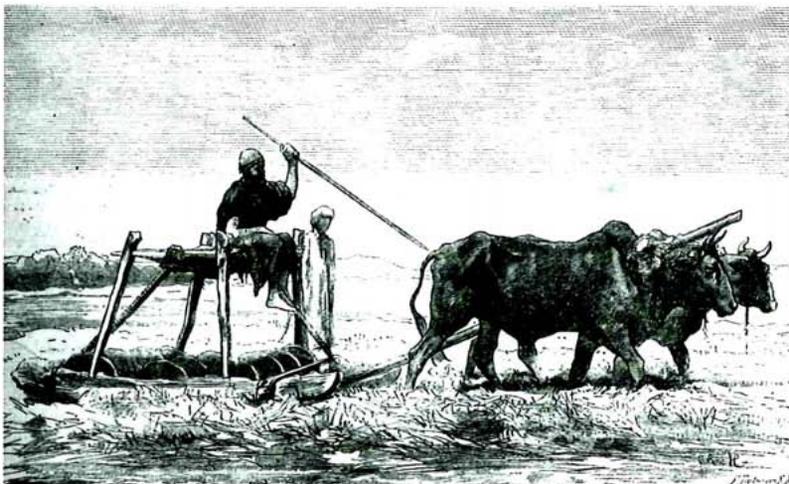
fin de implantar el esqueje de otra planta o árbol. El uso del riego también introduce algunas herramientas adaptadas al control de la conducción del agua como los legones, con los que se abren o se cierran las acequias.

Sin embargo, donde probablemente se ha desarrollado mayor variabilidad en los instrumentos de corte usados en la agricultura es probablemente en la cosecha y sus transformaciones directas. Resumiendo algunos de ellos nos referiremos a los onces

utilizados en la vendimia, aunque éstos se han sustituido por tijeras retráctiles recientemente. Algún tipo específico de arado se usa en la recolección de algunos tubérculos, como la patata, ya que al pasar la reja afloran los mismos a la superficie. También las azadas de distinto tamaño sirven para extraer ciertas plantas de la tierra, dándose una variación de formas y tipos extensa. En cultivos como la alcachofa y otros el instrumento de corte es el cuchillo, ya que de lo que se trata es de cercenar tallos de la planta; una derivación grandilocuente del cuchillo serían el machete, usado en el corte de la caña de azúcar, y los sables militares con el mango adaptado para el corte de determinadas plantas de tallo y envergadura. El instrumento cortante de recolección estelar por antonomasia -solamente hay que recordar su presencia recurrente en el imaginario colectivo- es el de la hoz. De este utensilio hay de muchas formas y variantes adaptadas al tipo de cultivo y de terreno. Se pueden distinguir: las destinadas a cortar cultivos herbáceos, con un codo a la altura de la unión entre el mango y la hoja, diseñado con el fin de proteger los nudillos de la mano del segador, ya que siega a ras del suelo; las cañameras de sección más fina, hoja ancha y lobulada y filo sin dentar, con el fin de cosechar el cáñamo; y las de cereal, de hoja más abierta y de tamaños distintos pero siempre de filo dentado, para cortar mejor los tallos. Junto con las hoces resulta común el uso de instrumentos de protección frente al corte en la mano contraria a la que siega. De este tipo son los deda-



Segadores de cereal. L'Alcalatén. 1984. Museu de Prehistòria i de les Cultures de València.



Trillando cereal en Egipto. *El mundo ilustrado*, tomo 4, 1880, Barcelona.

les de cuero y los zoquetes de madera. Una derivación de la hoz la constituye otro instrumento emblemático: la guadaña, dotada de una hoja ancha sin dentar que siega a ras del suelo y un mango largo que permite al segador operar sin agacharse. Generalmente se usan para la siega de herbáceas y cereales en algunos tipos de terreno concretos.

Para finalizar, convendría mencionar algunos instrumentos usados

en una actividad que si no es de cosecha propiamente dicha, sí constituye una epílogo natural de una de ellas y requiere asimismo la acción de cortar: la etapa de la trilla. En ella el fin último consiste en separar la paja del grano, de usos distintos. Para ello a veces, se efectúa un primer corte de los haces de mies, más o menos a la mitad, con la hoz de desbarbar, de mayor envergadura que las anteriores, dentada y con una hoja más ancha y larga. En ocasiones estas hoces pueden ir montadas y articuladas sobre un caballete, con capacidad de mayor corte llamadas degolladoras. Una vez desbarbados o no, los haces se disponen en las eras a fin de cortar el tallo y las espigas y poder separarlos del grano. Para ello se hacen pasar por encima los trillos, tirados por animales, especie de tablas con lascas de sílex o pedernal incrustadas en su parte inferior con una alta eficacia de corte sobre la planta de cereal. En algunos de estos aparejos se alterna el pedernal con sierras u hojas metálicas. Una alternativa al trillo la constituyen los rulos, también tiradas por animales y con forma troncocónica que se voltean sobre el cereal en la era. Los rulos generalmente son de piedra y se combinan unos, cuya superficie exterior es lisa, junto a otros en los que están labradas unas estrías que hacen de cortante sobre la paja. También existen rulos de madera y estrías labradas o que alternan incrustaciones cortantes metálicas. Una sofisticación de estos artefactos son los carros de trilla o armazones que contienen ruedas y rulos con incrustaciones metálicas, tirados por animales y que confieren a la operación de trilla una eficacia suprema.